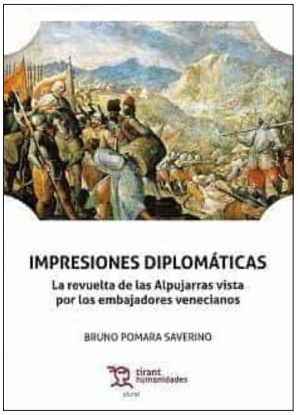
Bruno Pomara Saverino

Impresiones diplomáticas. La revuelta de las Alpujarras vista por los embajadores venecianos

Tirant lo Blanch, Valencia, 2022, 162 págs.

Javier Castillo Fernández (Archivo General de la Región de Murcia)



Reproduce el profesor Pomara, en su introducción al libro que ahora comentamos, una cita de Fernand Braudel en su emblemática obra sobre el mundo mediterráneo en el siglo XVI, según la cual hubo «por lo menos dos guerras moriscas, bastante distantes la una de la otra: la real, la que se desarrolla en las tierras altas de sierra Nevada, bastante inconexa y poco esperanzadora, guerra de montaña, llena de sorpresas, de dificultades y de crueldades espantosas, y la otra, la *guerra de Granada*, que a lo lejos componen a su gusto los avisos más contradictorios, destinados a remover todas las pasiones».

Que la revuelta de los moriscos granadinos de 1568 a 1571 atrajo la atención de la opinión pública mundial y generó ríos de tinta es algo sobradamente conocido. Cartas, avisos, relaciones de sucesos, memorias bélicas, informes diplomáticos, romances populares, poemas épicos y crónicas brotaron por doquier durante y en los años posteriores a la guerra, debido —entre otras razones— a lo inusitado de una rebelión en el corazón de la Monarquía Hispánica, probablemente la mayor potencia económica y militar de Occidente, y en un momento delicado en el que avance otomano por el Mediterráneo y la revuelta de los Países Bajos cuestionaban la hegemonía de Felipe II.

Sin duda, entre las fuentes de información política más conocidas de la Edad Moderna destacan las generadas por el que comúnmente se reputaba como el cuerpo diplomático más acreditado de la época: el de la *Serenissima* República de Venecia. Ya entonces era reconocida la calidad de la información recabada por su extensa red de embajadores diseminada por las cortes europeas y orientales. Sus famosas *relazioni*, leídas ante el Senado véneto al final de sus misiones diplomáticas, eran muy apreciadas en los cenáculos internacionales, pues a pesar de considerarse secretas se divulgaban de forma ostensible. La mayoría de ellas se han ido editando desde finales del siglo XIX hasta nuestros días y constituyen una fuente de primer orden para la historia política de la época.

Complementaria a esas memorias de fin de misión, los embajadores venecianos, como el resto de los diplomáticos, remitían periódicamente despachos e informes —con frecuencia parcial o totalmente cifrados— que mantenían al gobierno del Dux al día de la actualidad del país en el que desempeñaban su labor. Esta larga serie de correspondencia, los *Dispacci degli ambascciatori*, conservada perfectamente dentro del fondo del Senado, en el Archivio di Stato de Venecia, es un extraordinario venero de información bien conocido y explotado por los historiadores.

Y, como no podía ser de otro modo, los legatarios vénetos destinados en la Corte española de Felipe II se hicieron eco de las causas, génesis y desarrollo de la revuelta de los moriscos granadinos. Gracias a la labor recopilatoria y de análisis del profesor Bruno Pomara contamos ahora con una cuidada selección y edición de estos *dispacci*. El libro que tenemos en nuestras manos es fruto de una línea de investigación que el autor viene desarrollando desde hace años en relación con la minoría morisca. Sus trabajos y publicaciones sobre los moriscos refugiados en Italia entre 1550 y 1650, tema de su tesis doctoral, han servido para conocer en profundidad otro de los destinos de la diáspora cristianonueva que hasta hace poco era prácticamente ignoto, frente a la multitud de estudios sobre su presencia en el Norte de África, los territorios otomanos o Francia.

El libro se abre con un breve, pero enjundioso, estudio introductorio en dos capítulos, dedicados respectivamente a la atención italiana hacia la revuelta y al marco de la lectura veneciana de los sucesos. En el primero el profesor Pomara no se limita a exponer el punto de vista de los diplomáticos vénetos respecto a lo que inicialmente parece una pequeña revuelta sin mayor recorrido, sino que a partir tanto de documentación inédita de archivo (fundamentalmente de Simancas y de diversos Archivios di Stato italianos) como de fuentes secundarias, nos muestra las opiniones e informes epistolares que sobre tan preocupante materia evacuaron los embajadores de la Santa Sede y de Florencia, además de los ecos que sobre el suceso granadino y sus repercusiones en el Magreb y en Turquía se recogen en la correspondencia de los representantes españoles en Roma, Milán, Génova o Sicilia.

En el segundo capítulo se explica el contexto de la misión véneta, cuyo principal objetivo consistía en vencer las reticencias de Felipe II a unirse a la coalición antiotomana liderada por la Serenísima República y el Papado. Pomara pone en directa conexión este vivo interés de los emisarios vénetos por la evolución de la revuelta granadina —y el posible apoyo a los sublevados por parte del protectorado turco de Argel— con la creciente presión del Imperio Otomano en el Mediterráneo oriental en contra de los intereses de la República adriática, que culminaría en conquista de la colonia véneta de Chipre y que provocaría, como reacción, el impulso definitivo a la Santa Liga con la entrada de España (mayo de 1571) y la victoriosa batalla de Lepanto (octubre del mismo año).

Dos son los embajadores de Venecia en Madrid que cubren el periodo de la rebelión granadina, con distinto origen, trayectoria y prestigio: Segismondo Cavalli, llegado a España en 1567, y Leonardo Donà, que sustituye al anterior a mediados de 1570, justo cuando se está fraguando la participación de España en la Liga. El primero es un mediano funcionario de origen lombardo que hará carrera diplomática al servicio de Venecia (plenipotenciario en Saboya, España, Francia y el Sacro Imperio) hasta su muerte en Praga en 1579. Por su parte Donà pertenece a una conocida y rica familia de la aristocracia véneta experimentada en el gobierno y la administración de la *Serenissima*. Compaginó diversos puestos de responsabilidad en los territorios de la República con negocios mercantiles y agrarios. Después de complejas embajadas extraordinarias en Roma, Viena y Estambul culminaría su carrera como Dux de Venecia entre 1606 y 1612. Sin duda la trayectoria de Donà es más conocida y su correspondencia española ya estaba editada, mientras que la de Cavalli ve la luz por primera vez.

El grueso del libro lo constituye la edición y transcripción, parcial o total, de noventa cartas de los embajadores Cavalli y Donà (más dos de su predecesor Antonio Tiépolo en 1566-1567), dedicadas a la revuelta granadina y al contexto mediterráneo entre abril de 1568 y septiembre de 1571. El editor, con ajustadas y oportunas notas al pie, glosa la biografía de los principales personajes que aparecen en la correspondencia, aclara topónimos y coteja y contrasta la información que trasmiten los embajadores con las principales crónicas de la rebelión (entre las que destaca, inevitablemente, la de Mármol Carvajal) y con numerosos estudios actuales sobre la guerra y la minoría morisca granadina (de la que, por cierto, se echa en falta una relación bibliografía final).

Las cartas revelan la amplia red de privilegiados contactos con los que contaban los embajadores venecianos, que tenían acceso directo y trato cotidiano con grandes aristócratas y cortesanos, como Ruy Gómez de Silva, el cardenal Espinosa (presidente del Consejo de Castilla), los duques de Feria y de Sessa o el secretario real Antonio Pérez. Pero también con otros «amigos» cuyos nombres no revelan y que suelen ofrecer jugosas informaciones sobre el mal desempeño de los ministros del rey al enfrentar la represión de la revuelta.

Los *dispacci* también demuestran la entrega de los dos diplomáticos vénetos, que cooperan durante meses y firman de forma conjunta sus misivas. Por supuesto acompañan a la comitiva de Felipe II —por expreso deseo del monarca, como nos desvela esta correspondencia— cuando esta se desplaza a Córdoba y Sevilla para celebrar cortes y para estar más cerca del escenario del conflicto. Otro ejemplo de su profesionalidad: a finales de 1569, cuando los ejércitos de don Juan de Austria y el duque de Sessa preparan, respectivamente, sus campañas contra el río Almanzora y las Alpujarras, el embajador Cavalli trata infructuosamente de localizar a alguien experto que le trace un mapa que permita que sus superiores puedan conocer el teatro de operaciones y ubicar geográficamente los comentarios que sobre el mismo les envía su embajador: «Io ho procurato de haver un dissegno de quelle montagne et il paese ribelatto, acioché Vostra Serenità potesse confrontar li avisi che andarò scrivendo con la cognitione del sito, ma sono così innerte in queste parti, che io non ho potuto trovar persona che li basti l'animo di farlo» y excusa su eventual prolijidad «poiché la natura non mi ha concesso di poter così ben espremir il mio concetto con poche parole» (Madrid, 23 de diciembre de 1569, p. 105).

Los embajadores detectan y trasmiten los principales problemas —por otra parte, conocidos en los principales círculos de opinión y rastreable en otras series de correspondencia similares— a los que se enfrentó Felipe II: la minusvaloración de la capacidad de resistencia de los rebeldes, la inexperiencia, indisciplina y nula operatividad de las milicias concejiles y su predisposición al saqueo y a la deserción, las rivalidades entre los generales castellanos al frente de los ejércitos y las disensiones en el consejo de guerra establecido en Granada, los problemas de abastecimiento, la dificultad de una guerra no convencional y de guerrillas en una geografía de montaña, el peligro de extensión de la revuelta a los reinos de Valencia y Aragón poblados de moriscos…

Asimismo, se alegran sistemáticamente cuando, a través de testimonios de prisioneros berberiscos, constatan que los voluntarios norteafricanos que acuden en ayuda de los rebeldes o a lucrarse con la guerra lo hacen de forma particular, confirmando el limitado apoyo de las autoridades argelinas y otomanas, aunque el rumor y el temor a la llegada de la flota de la Sublime Puerta siempre está presente. Valoran los escasos méritos que encuentran en el enemigo, como es la frugalidad, capacidad de resistencia y belicosidad de los moriscos alzados. Y, en este sentido, destaca Pomara la falta de cualquier signo de misericordia respecto a los sublevados por

parte de los embajadores, que siempre se incluyen en el «nosotros» (el bando realista) frente a «ellos» (los rebeldes); empatía que sí se puede entrever, por ejemplo, en algunos de los principales cronistas españoles de la guerra.

Gracias a esta correspondencia podemos acceder a información inédita o poco conocida sobre determinados acontecimientos, como el intento de sublevación morisca de la Semana Santa de 1568 (pp. 54-55), el hecho de que Felipe II llegara a probar armas y caballo por si se veía en la necesidad de intervenir como capitán general de sus ejércitos en la represión de la revuelta (p. 104) o los términos para la rendición de los rebeldes, en mayo de 1570, más precisos que los ofrecidos por el siempre concienzudo cronista Mármol (pp. 137-140).

Pero los embajadores no solo trasmiten y valoran los acontecimientos del conflicto y a sus protagonistas, sino que se aventuran a hacer lecturas y extraer consecuencias de filosofía y práctica políticas. Así, el propio Cavalli, en la *relazione* de su embajada, leída ante el Senado veneciano en 1571, reflexiona en el sentido de que, según destaca el profesor Pomara, el monarca «debe ponderar de manera sabia el uso de la fuerza contra sus súbditos más inquietos, con el objetivo de esquivar crispaciones sociales, causa de mayores problemas», así como que «la experiencia granadina enseña —continúa Cavalli— que, en beneficio del príncipe, los vasallos deben tener una actitud belicosa e ir bien armados». Y, finalmente, ellos y otros embajadores europeos, sacan sus conclusiones: el monarca y el ejército más poderoso de la Cristiandad no deben de ser tales cuando tantas dificultades encuentran para atajar una revuelta de campesinos montañeses inermes.

Obligado es, aunque sea mínimamente, apuntar algunos aspectos que a nuestro entender habrían mejorado esta edición. Aunque el autor ha realizado un gran esfuerzo de transcripción, modernización y normalización de los textos (incluso con aclaraciones precisas sobre determinados vocablos propios del dialecto véneto), adaptado las fechas vénetas al calendario gregoriano y descifrado los pasajes escritos en clave, habría sido muy útil para el lector de habla hispana una traducción de las misivas al castellano, labor que seguramente excedía el objetivo de esta monografía. Por otra parte, puesto que se trata de un cuidado repertorio documental, donde aparecen numerosos personajes, lugares y acontecimientos, se hubiera agradecido la existencia de unos índices onomásticos y toponímicos, incluso de materias, que tan necesarios son en este tipo de edición de fuentes.

En cualquier caso, estamos ante una excelente obra que nos aporta información inédita y cualificada de gran valor y que ayudará a ir completando el complejo y siempre inacabado mosaico, con sus ramificaciones internacionales, del conflicto morisco granadino.